

# Índice



Prólogo I. Helena, larga vida volando hacia adentro .....	13
Prólogo II. Helena, que no la de Troya; Helena vallisoletana, Helena Bianco.....	15
Introducción: Voy a salir a la calle.....	17
LA INFANCIA .....	21
1. Cantina El Cuco.....	23
2. Jaramiel .....	29
3. El barrio España .....	33
4. Primeras dudas existenciales.....	39
5. La familia .....	43
LOS JOLLY'S .....	51
6. Comienza la lucha .....	53
7. Andando el camino con Los Jolly's.....	65
8. Madrid y el examen del Carné Profesional del Espectáculo ....	69
9. El primer sencillo: “Supercalifragilístico Expialidoso” .....	75
10. “A Santiago voy”, “El afilador” y la gala de Navidad en El Pardo .....	81
11. Barcelona y vuelta a Valladolid: el Servicio Militar y Social ...	85
LOS MISMOS.....	89
12. Segundo viaje a Barcelona: contrato con Belter .....	91
13. De festival en festival .....	93



14. Viaje a Bélgica en 1969.....	97
15. El cambio en mi destino .....	99
16. Singing Europe 69 Festival.....	107
17. La boda con Roberto Caballero .....	111
18. <i>Pasaporte a Dublín</i> , la antesala de Eurovisión 1971 .....	117
19. La Canción del Verano y el giro de sistema .....	123
20. Voy a ser mamá.....	125
21. Engaños y traiciones .....	129
22. Heidi, Pedro y la señorita Rotenmeyer.....	135
23. El final de Los Mismos .....	137
 JARA .....	 141
24. ¿Mi nuevo comienzo? .....	143
 LOS MUSICALES .....	 147
25. De <i>Sonrisas y lágrimas</i> a <i>My Fair Lady</i> , y vuelta a empezar .....	149
 CASABLANCA .....	 155
26. La separación de Roberto y mi encuentro con Guillermo Antón.....	157
27. Pasen y vean, Casablanca abre sus puertas.....	167
 BIANCO.....	 171
28. Surge una nueva Helena, nace Bianco.....	173
 LA PRIMERA MITAD DE LOS NOVENTA .....	 177
29. Las galas de los premios Master Barometer.....	179
30. Amnistía Internacional: Unidos por la paz .....	181
31. <i>Toda una década con Los Mismos</i> , regrabando nuestros éxitos..	183
32. El mar, la mar... y Alberti.....	185
33. El Festival de la Primavera de Corea del Norte.....	189
34. Duetos con Andrés Caparrós y Carlos La Rosa a ritmo de bolero .....	193
 LA SEGUNDA MITAD DE LOS NOVENTA .....	 195
35. El <i>Karaoke</i> de Telecinco.....	197
36. Nuevos acercamientos a la música suramericana .....	199

37. El regreso de Los Mismos .....	201
38. Mi Buenos Aires querido .....	205
39. Viaje a Rumanía .....	209
EXPERIENCIAS EN EL NUEVO MILENIO .....	211
40. <i>Cine de barrio</i> .....	213
41. Alcaldesa de Honor de las fiestas de Santa Águeda .....	217
42. Helenco Producciones .....	219
43. <i>Arrasando</i> en TVCLM .....	223
44. <i>Vivo cantando</i> , el programa .....	225
45. Guillermo, nuestra boda, nuestras escapadas .....	233
46. <i>Misión Eurovisión 2007</i> .....	237
47. Una pequeña parada para recordar un hogar .....	239
48. ¿Vacaciones? ¡Sí, vacaciones! .....	241
49. Castilla-La Mancha busca una estrella .....	245
50. <i>Los mejores años de nuestra vida</i> .....	247
51. Otras incursiones en la pequeña pantalla .....	249
52. <i>Memorables 60 / 70</i> , un hermoso sueño truncado .....	253
53. <i>Qué tiempo tan feliz</i> .....	259
54. Villena, Los Mismos en directo .....	261
55. <i>Guateque Ye-Ye</i> .....	265
56. Celebrando cincuenta años de carrera .....	271
57. <i>Estoy pensando en ti. Tributo a Mari Trini</i> .....	273
58. Pioneros Madrileños del Pop y el Premio Nacional de la Música Tino Casal .....	277
59. Primera edición de <i>La Voz Senior</i> .....	285
60. Iniciativas y proyectos que aún me mueven .....	297
61. Pensamientos desde la pandemia .....	305
Discografía completa .....	313



## Prólogo I. Helena, larga vida volando hacia adentro



A mí, que soy una luna congelada, un viento desfavorable, un salvaje empedernido, una lengua de fuego con puños al aire y numerosos desconuelos, se me pide que hable de esta piedra fundamental, de este ser humano suprasensible, de este incendio cóncavo del alma. Helena Bianco, mujer callada en lo incierto del silencio, mujer sin rodeos ni hipocresías; fiebre, delirio, cuerda que vibra como si quisiera romperse.

Se presentó un día en mi camerino. Quería felicitarme por mi actuación. Abrí la puerta al oír los nudillos suaves. Apareció ella allí, como un misterio saltando a la luz, al gozo sin heridas. Susurró su nombre y se abrió un barranco en la garganta, un volcán en el desierto de mi existencia. Imparable su mirada, ni tumulto ni sosiego; en lenta confianza yo nunca porfíe a ninguna mujer. Me estratificaron las vivencias, los años, y nunca di un paso adelante por ninguna. La música era el epicentro de mi vida y las mujeres me alejaban de los enigmas de la misma.

Pero apareció ella desde el tumulto de lo oscuro, con su sed inagotable y con su mirada inacabable, que seguía un vuelo hacia un Dios inexistente. Sin oficio en la mirada, ni paraísos destrozados por otros amores necios o por antiguos rencores trasnochados. Nos miramos y nos quedamos para siempre. Mujer de humilde cuna y de coraje soberano, pulcro, maduro para la revolución y para la inocencia. Vencedora y anónima.

He vivido con ella arcos sin triunfo, noches de llanto, lugares caóticos, impotencia, vaciedad, silencios desnudos, gente desamparada, humillaciones imponentes. ¡Maldecir sería tan fácil! Pero ella, callada, suspira, suspiraba,



sonreía, sin guadañas en sus hermosos dientes. Su voz enamoraba las aceradas nieves de los astros. Nunca se desanimaba, aunque su dolor trascendiera la piel que me circunda, y me apresa siempre valiente, polícroma. Siempre flor naciente, su amor como acierto supera el animal de fondo que nos acecha noche y día.

Helena Bianco. Diosa desnuda, claridad abierta. Quien te conoce como yo, no puede dejar de soñarte. Tu cuerpo de luz zigzagueando entre las sombras de los hombres ínfimos. Flor de luz, que la oscuridad de los cerriles pisotea. Ella se entrega a los dioses.

Helena, ¡larga vida volando hacia adentro!

GUILLERMO ANTÓN



## Prólogo II. Helena, que no la de Troya; Helena vallisoletana, Helena Bianco



**D**e un rincón llamado Valladolid, donde nació y luego se convirtió en mujer; donde nacieron sus sueños, unos cumplidos, otros por cumplir, siempre por culpa de un virus que nos acompaña desde tiempos lejanos: la envidia. Valladolid, un lugar de la Castilla leonesa donde comenzaría a hacer lo que mejor se le da y por lo que principalmente se la conoce: la música. Ya con tres años decían que cantaba mejor que hablaba; en la actualidad, demuestra que canta, habla y escribe magníficamente bien: sus tres maneras de comunicar.

Elena Vázquez Minguela, Helena Bianco, comenzaría de niña en aquel Valladolid de los sesenta, coincidiendo con la llegada de The Beatles a España. Después vendrían sus éxitos junto con sus compañeros: primero Los Jolly's, luego Los Mismos. Helena, en aquella época, decidió no actuar sola, eran tiempos complicados para una jovencita que viajara sola. Cualidades no le faltaban, como ha demostrado hasta el día de hoy, ya como solista, cosechando numerosos éxitos que permanecen en la banda sonora musical de varias generaciones; a pesar de lo cual, a causa de una gran injusticia, padece la falta de reconocimiento por parte de diferentes sectores del medio musical, incluso de algún que otro compañero.

Helena, en este libro, nos sorprende, pues, no solamente nos descubre su vida artística, llena de anécdotas y de vivencias únicas, sino que se atreve a relatarnos su vida personal; desde el seno de su familia, incluso antes de nacer, hasta nuestros días. Helena es una persona valiente, luchadora, audaz e inteligente: yo doy fe de ello. Una magnífica relaciones públicas y un maravilloso ser humano, virtudes revalorizadas con los tiempos que corren.



Este libro sorprenderá al lector, ya que se trata de un documento que refleja magníficamente bien la lucha de una mujer en tiempos difíciles para ellas. A mí, su lectura me sorprendió, a pesar de conocer al personaje; yo ya conocía a Helena Bianco como una magnífica cantante desde hace años, en mi época musical, pero con más profundidad la volví a descubrir y la traté ya a principios de este siglo, compartiendo con ella su lucha y su gran esfuerzo por reivindicar los comienzos y la posterior evolución del pop y del *rock* en España, una historia tan desconocida como apasionante.

En este texto, el lector encontrará una historia que atrapa y que sorprende, aunque a Helena Bianco se la conozca solamente por su música. Todo un documento literario.

ALFONSO ARTESEROS



## Introducción: Voy a salir a la calle



**T**odos somos iguales, ni más ni menos que nadie; en mi corazón, solo hay lugar para el amor. Así, amando la vida y a las personas, superas el desaliento y continúas luchando. Este libro se titula *Helena Bianco. Entre el cielo y el suelo*, y se llama así porque hay dos realidades distintas, clarísimas, en mi vida: la Helena que os muestra lo mejor de ella y que, curiosamente, en ese momento frente a vosotros lo siente y lo vive así; y la otra, la que mira hacia adentro, sin miedo y con una realidad descarnada. Ahí aflora el dolor, las humillaciones, la enfermedad vivida en silencio y el llanto a borbotones para vaciar ese pecho de dolor, de congestión, y así sigo después de tantos años.

Parte de ellos los escribí en 1996 y en 1997, pero hay cosas que siguen marcadas a fuego. Siempre me ha salvado mi facilidad para desarrollar por la noche una gran metamorfosis; era tan vital y tan nueva, que durante la noche cubría de rosas todo mis miedos. Al amanecer, todo se había regenerado en mí, y volvía a retomar el día con la misma fuerza e ilusión, había desaparecido todo lo malo del día anterior en el sueño. Pero esas rosas fueron marchitándose cada vez más pronto, mi facilidad de regeneración fue desapareciendo, agotándose.

Realmente, estamos viviendo un momento social, a mi forma de sentirlo, trágico y decadente, erguido sobre la ambición y sobre el poder. El dinero es el centro de todo. Algún día no muy lejano, el planeta gritará y nos hará llorar sin piedad. Seguimos dando la espalda al verdadero sentido de nuestra existencia, somos devastadores y nos giramos ante lo que debería ser el auténtico motor de nuestra vida: el amor.





Llevo muchos años pensando en hacer una autobiografía, pero nunca encontraba el momento: si no eran los viajes por causa de trabajo, era la depresión por falta de ello, y, sobre todo, la falta de luz en mi entorno en general. No hablo de mi hija, ni de mis hermanos, ni de Guillermo; me refiero al mundo, algo que me ha preocupado profundamente desde niña. Los años van pasando y los ideales con los que he ido armando mi vida se disuelven como una nube en una tarde de otoño. Una vez más, a mis setenta y cuatro años, sentí de nuevo el impulso de soñar y de luchar. Mi triunfo en *La voz Senior* sirvió como catapulta hacia un nuevo horizonte y hacia la ilusión que ya había perdido. A pesar del resultado, de la vivencia, del entorno cada vez mayor y más apasionado conmigo, de mi gran ilusión y de una realidad que me entusiasmaba, algo en mí provocaba un pequeño vacío que no sabía cómo entender ni definir.

Justo cuando comenzaba a materializar mi sueño, a promocionar mi tema estrella, “Voy a salir a la calle”, que está hecho a mi medida y que me da la oportunidad de mostrar una Helena Bianco en su lugar y momento soñados, hechos por fin realidad. Justo cuando comenzaba a mostrar de nuevo mi carrera, mi forma de ver la música y la vida, a emprender un vuelo soñado y necesario. Justo en ese momento, el mundo se colapsa, se tambalea, el terror se instala en cada uno de nosotros. Un enemigo de la humanidad que nadie esperaba nos pilla de improviso y sacude a todos los habitantes del planeta. La COVID-19, este virus imparabile, ha puesto al descubierto la fragilidad del ser humano. Con el único que ha sido generoso y al que ha salvado en alguna medida de seguir siendo destruido, ha sido al planeta Tierra, ya que nos ha obligado a todos a respetarlo con nuestro confinamiento y a darle un pequeño margen de regeneración.

Ahora es el momento de escribir mi biografía, de sumergirme en ella con tiempo para pensar, para navegar en el pasado, para contemplar sin miedo una vez más mi vida, para ahondar en ella, para analizar las veces que me he sentido perdida, para reflexionar sobre mis altibajos profesionales, económicos, personales. Mis setenta y cuatro años, vividos intensamente, dan para mucho.

Antes de empezar, contemplo la calle, mi pequeño jardín recién plantado en la duodécima casa de mi vida. Una tarde vestida por el aire y pintada de gris. La esperada primavera me invita a disfrutar de un minúsculo chaparrón. Sigo el vuelo de las hojas que el leve viento arranca de las ramas de los árboles, y sobre mi mente, al igual que estas hojas, planean los recuerdos de mi vida, junto con pensamientos que a veces pueden llegar a ser obsesivos.



A veces, al despertarme, me siento desubicada y me sobresalto, a la vez que me pregunto para mis adentros: dónde estoy, quién soy, qué hago aquí. No siempre la respuesta es fácil, a veces, incluso, es muy dura, siempre sola. Sola yo, buscando la verdad, al menos, la mía. Intentando tocar el sol,irme muy lejos de aquí, a un nuevo lugar, a un nuevo hogar, donde realmente pueda ser yo misma. Sí, porque cuando estoy mal, pienso en ti; cierro fuertemente mis ojos para estar allí y, de este modo, plasmar tu fuerza en mí y, así, calmar mi sed de ti, y ahogar esta imperiosa necesidad de que me muestres tu mundo. Un mundo que busco incesantemente dentro de mí, para lo cual, a veces, me falta tiempo. Y es que esta sociedad en la que nos ha tocado vivir nos engulle y nos arrastra en la vorágine; la mitad de nuestra existencia la pasamos viviendo la vida de los demás y abandonamos la nuestra propia, asumiendo así el riesgo de irnos de aquí sin haber ejecutado la mitad de las cosas que hemos venido a desarrollar en esta encarnación.

En esta tarde nostálgica, la memoria me arrastra a mis primeros recuerdos. A veces dudo de estos y no estoy segura de si son realmente recuerdos o fruto de esas historias contadas mil veces en la intimidad familiar. Narraciones refrendadas por esas viejas fotos, ajadas y descoloridas en tonos sepia, que durante años pulularon por casa y que, algunas de ellas, conservo hoy en día en uno de mis viejos álbumes. Por un momento, el amplio ventanal de mi salón, entre sorbo y sorbo de la cálida infusión que estoy tomando, se ha convertido en una alargada pantalla de cine y, en ella, como si de una antigua película se tratara, aparece Chancillería y la Cantina El Cuco, como la llamaban fruto del apodo por el que todos conocían a mi padre. Esa vieja cantina fue nuestro “nido”, nuestro hogar en mis primeros años de vida.



# 1



## Cantina El Cuco

**R**ecuerdo el lugar donde se hallaba la cantina como una calle solitaria, muy mal iluminada, apenas un par de farolas que solamente valían para mostrar levemente el camino. En la acera de enfrente de la cantina, había un edificio histórico, un lugar que servía para albergar vidas comprimidas, vocacionales, para generar lealtades a Dios, donde se oían liturgias y plegarias acomodadas a un calendario y a la fe concreta, particular, de cada una de las religiosas. Se trataba de la institución popularmente conocida como La Beneficencia; realmente, el Colegio de la Milagros, uno de la mano de la otra, o, como cuenta el dicho popular: “tanto monta, monta tanto”.

En el interior del edificio, se encontraban unos críos moderadamente felices a pesar de las múltiples segregaciones, ya fueran por sexo o por estatus social, siempre amparados en esa envidiable ingenuidad de su edad. Niños y niñas corrían y hacían travesuras durante todo el día, ya que, en el Colegio de la Milagros, se pasaba la jornada completa: desayuno, comida, merienda y cena, pero nunca juntos. Todas las dependencias estaban separadas: niños por un lado y niñas por el otro. Lo necesario que allí se nos daba, tanto a nosotros como a las monjas, era proporcionado por entidades “misericordiosas”, que, a través de este “noble gesto de la limosna”, lograban así evitar esa plaga generalizada de hambre y de desnutrición que todo el país padecía tras la guerra civil y que por largo tiempo se extendió en la posguerra, hasta los primeros años de la década de los cincuenta —los llamados años del hambre—.

Los parroquianos de la cantina de mi padre narraban cientos de veces, como si de una escena costumbrista se tratara, los acontecimientos del día:



un sinfín de noticias que se iban sucediendo sin cesar. La posguerra daba mucho de sí. Entre las paredes de la Cantina El Cuco se acogía y se ayudaba a todo aquel que lo necesitaba. La cárcel estaba muy cerca y mi madre, en ocasiones, abastecía de alimentos a los más solos y necesitados; las veinticuatro horas del día eran bien aprovechadas, no había apenas tiempo para el descanso. El cementerio estaba en esa misma calle, pero a unos dos kilómetros de distancia, ya fuera de la ciudad. La iglesia de San Pedro Apóstol, a una manzana de nuestra cantina, era la parada oficial de todos los carros funerarios. Carros, algunos, de lujo, de madera negra brillante y que iban tirados por caballos, no siempre el mismo número. Si del carro tiraban dos caballos, el difunto era pobre; si lo hacían cuatro, estábamos ya ante una persona acomodada; y si era tirado por seis, el difunto o la difunta era de alta alcurnia. También el atuendo de los caballos era diferente en función de la clase social. En la cantina siempre hacían un alto en el camino los que seguían al féretro, para tomar algo antes de que comenzase la misa, y los conductores de los carruajes, para echar una charla agradable y tomarse un tentempié. Fueron los años de más auge de la Cantina El Cuco.

Ese 5 de enero se notaba la ausencia entre el bullicio de la gente de mi madre, “La Cuca”. En esta narración, debo mencionar el dolor y los gritos ahogados de mi madre mientras sufría las contracciones producidas por mi anunciada llegada a este mundo. Este hecho ya no sorprendía a nadie; en mi caso, fueron casi veinticuatro horas, pero con todos y cada uno de mis hermanos, la situación fue muy similar: partos prolongados en el tiempo y dolorosos por problemas de dilatación. Sí, yo fui testigo, como es natural, de mi propio nacimiento, aún impregnada por el líquido amniótico que durante mi gestación me protegió y unida a mi madre por el cordón umbilical, a la vez que salvaguardada por una legión de ángeles, hasta depositarme dulcemente sobre la tierra. Allí fue donde nací, en la misma Cantina El Cuco, asistida por mi tita Goyitay, la comadrona, y algún otro miembro de la familia o de los amigos; bueno, limitemos el género, amigas, ya que estas cosas, por aquel entonces, eran exclusivas de mujeres. Fue a la una y veinte de la madrugada del 6 de enero de 1948, como si de un regalo más de los Reyes Magos se tratara, cuando llegué a este mundo. “¡Una hermosa niña de casi cuatro kilos!”, gritó alguien.

Era negrita de pelo, de piel resbaladiza, muy morena, y lloraba con tal fuerza que, al oírme desde la tasca, todos se relajaron y celebraron mi nacimiento: “Buenos pulmones”, se escuchó que alguien comentaba. Mientras, abajo en la cantina, mi padre celebraba el nacimiento de su tercer hijo. Lo



celebró de tal manera que tardó más de un día en despertarse del festejo. Dicen que se llenaban los vasos de vino a un ritmo imparable; mi padre, ante la felicidad provocada por el final venturoso del parto y por mi nacimiento en buen estado, no era consciente de la velocidad a la que se vaciaban los chatos y los campanillos, como llamábamos por entonces a los chascarrillos en cualquier cantina pucelana. Nos besuqueaba a mi madre y a mí de manera incesante, y entre esto y el tiempo que pasó inconsciente, cuando me fue a registrar habían pasado ya dos días.

A mí siempre me pareció algo peculiar narrar así mi llegada a este mundo, pero, según cuenta mamá, esta fue la tónica generalizada con todos y cada uno de mis hermanos. Sí, fueron tantas las vivencias compartidas en esa cantina, tantas las anécdotas, que para narrarlas todas habría que escribir otro libro; para esto y, sobre todo, para hablar de la familia de mis padres, como más adelante haré. Allí, el trabajo era muy duro y prolongado, muchas horas sin apenas descanso.

De amores vengo,  
 del vientre donde creció la simiente de sus cuerpos.  
 Estuve en la oscuridad de ese vientre, callado y quedo.  
 Volé durante algún tiempo, navegando en el silencio  
 de un mar cubierto de sombras.  
 Hasta que sentí en mi pecho, una presión que engullía  
 mi cuerpo frágil, pequeño, por un túnel muy estrecho.  
 ¿Dónde aire, mar y barca?, ¿dónde paz, dónde silencio?  
 Siento mi piel encenderse, siento ahogo, siento miedo.

La puerta del mundo se abre ante mis ojos pequeños,  
 ciegos y desconcertados, cubiertos de velo negro.  
 En mis oídos golpean mil sonidos que no entiendo.  
 Cuánta risa, cuánto llanto, después de tanto silencio.  
 ¡Qué añoranza de ese vientre donde se engendró mi cuerpo!  
 Torbellino de hojas y de vientos,  
 herida moribunda en las entrañas.  
 Avenida de lágrimas y de llanto.  
 Tormenta de guitarras.  
 Relámpago de ira y desalientos.  
 Todo, acunando mi alma.



Junto con mis padres, en la Cantina El Cuco vivían algunas tías y, a veces, alguno de mis tíos que, junto con los tres hijos del matrimonio, yo y mis dos hermanos Paco y Pilar, formábamos aquel hogar configurado alrededor del negocio familiar: la cantina. Obviamente, por temas de vecindad, mi madre mantenían buena relación con alguna de las monjas de La Beneficencia; así fue como, a veces, siendo yo muy niña, prácticamente un bebé, me dejaba con alguna de ellas para poder atender su trabajo más libremente. Según me cuenta, de este modo comencé a formar parte del colegio, cuando apenas contaba con tres añitos. En esto ya me habían precedido mis hermanos, Paco y Pili. Como es lógico, no tengo recuerdo alguno de mi estancia en el centro entre los tres y los seis años, pero con mis primeros recuerdos comienzan a aflorar extrañas sensaciones, a esa corta edad empecé a percibir algunas diferencias de trato y de dotaciones. Lo notaba muchísimo, era muy evidente, las compañeras de mi clase me lo recordaban continuamente con sus ironías y con su comportamiento conmigo. Sí, había algunas diferencias con otras compañeras de mi misma clase en el trato, en los actos escolares e, incluso, en los religiosos. Hasta el propio uniforme, paradojas de la vida, era diferente; hasta en la manera de hablarles eran favorecidas de una manera descarada, hecho que ponía de manifiesto la desigualdad en todos los aspectos entre los distintos alumnos. Aunque yo era una niña, esa sensación se me metió en la sangre e hizo que poco a poco me fuera convirtiendo en una niña tímida y retraída.

Los años iban pasando y esa situación, esas bases de la convivencia escolar, para nada cambiaron, por muy injustas y dañinas que fueran; es más, tanto a mi hermana como a mí, con cada día que pasaba, más nos marcaban. De esta época, hay cuatro cosas que me dejaron profundamente afectada.

### La comida

Siempre era la misma, eso no me importaba, pero el día de la fiesta del colegio había una algarabía especial, soñábamos con que, por lo menos, ese día nos permitieran salir de la rutina, recibir algún capricho; pues no, ni siquiera en la Fiesta de la Milagrosa. Ni un plato apetitoso ni un dulce. A pesar de ver subir grandes bandejas de ellos a las dependencias de las monjas, nosotros para nada contábamos en ese capítulo del día.



## La procesión del Domingo de Ramos

A las niñas nos ponían en dos filas, dos grupos diferenciados y manifiestamente discriminatorios. Dos filas para remarcar bien nuestras diferencias sociales: la fila de “las ricas”, como decíamos nosotras, con su uniforme diferente y, por supuesto, mucho mejor, y “la otra”. Las palmas de las niñas ricas eran altísimas, bellísimas; mientras que nosotras, las niñas pobres, con un sencillo ramito de laurel nos bastaba, ya que, lamentablemente, hecho que se preocupaban mucho por remarcarlos, no había dinero para comprar ni una sola palma en las familias. Me quedaba embelesada mirando a las niñas sujetando sus palmas con emoción y con orgullo, me encantaba su color brillante como el trigo bañado por el sol. Era muy triste para mí, muy triste.

## El concurso de catecismo mariano

Este concurso consistía en saberse de memoria un tocho del catecismo. La niña que no cometiese ningún error, aquella que, sin cometer fallo alguno, se lo supiera, ganaba dicho concurso. Si la memoria no me falla, creo que daban regalos y, lo más llamativo, una excursión. A mí no me dejaban participar: “¿Dónde vas tú?” me decía con desprecio sor Carmen. Ella era la monja más desagradable y la más malvada. “¡Tú no puedes participar!, ¡a ti no te corresponde!”. Tuvieron que convencerla sor María y sor Agustina, no sin esfuerzo, para que me dejara presentarme al concurso. Me preparé a fondo, me presenté y lo gané. Aún hoy, muchos años después, recordar la cara de esa monja frente a mí, con esa mirada de rencor, con esa falsa sonrisa que la caracterizaba, me sigue produciendo escalofríos. Imaginaos cómo me debí de sentir en aquellos momentos siendo una niña indefensa.

## Mi deseo de participar en el coro

Lamentablemente, nunca lo conseguí. Aquí también imperaban las clases sociales. A pesar de que mi voz les llamaba poderosamente la atención cuando cantaba con el resto de las niñas en grupo, esto no era suficiente como para permitirme pertenecer a un coro reservado exclusivamente para las niñas ricas y para alguna favorita; los favoritismos siempre han existido. Eso sí, velé a la Virgen de rodillas cada mes de mayo sin faltar, he cumplido para toda mi vida. Y qué devoción sentía en aquel entonces. Tuvieron que trascurrir muchos años —para entonces, yo ya gozaba de una gran popularidad como cantante— hasta que me pidieron que fuera a cantar en la Fiesta de la Milagrosa. Obviamente, me negué.



En una ocasión, cercana la festividad del Día de la Madre, me encontraba, como el resto de mis compañeras preparando con esmero e ilusión el correspondiente regalo, algo sencillo hecho por nosotras mismas y, generalmente, para la casa. Ese año, mi hermana y yo hablábamos de que nos gustaría hacer algo en punto de cruz. “Un «tú y yo””, decía mi hermana; “mejor un «cubrebandejas», apostillaba yo. Queríamos algo en esa línea; lamentablemente, como ocurría siempre, no había dinero para una mantelería, que es lo que realmente hubiéramos deseado. “Las dulces monjitas” siempre, siempre nos sacaban a relucir lo pobres que éramos. A mi hermana, sus comentarios al respecto la sacaban de quicio; ellas aprovechaban cualquier ocasión para seguirnos humillando. Sí, mi hermana no tenía pelos en la lengua y no se callaba, por lo que, al final, la multaron con cinco pesetas de sanción. Ella, que tenía mucho carácter, no se amilanó y les respondió: “Con el trabajo que le cuesta a mi padre ganar ese dinero, a usted se lo voy a dar”. El castigo siguiente fue ponernos con la mano cerrada, pero juntando los dedos, colocada boca arriba; entonces, con una regla de madera, nos golpeaban varias veces y con fuerza. Arrojabán sobre nosotras toda su ira, nos hacían ver las estrellas. Era su manera de intentarnos meter en su redil. Todo un despropósito, una guerra sin cuartel, y mi hermana, nuevamente, ante otra injusticia más, arrancó de un tirón la toga a la monja. El tirón fue tal que, de haberla pillado sin toga, le hubiera arrancado el pelo. Para mí, nada de esto tenía sentido. Entonces, empezaron a castigarme en el cuarto oscuro; a veces, unos minutos, otras, lo hacían durante toda la tarde. Después de estos episodios me sobrevino un comprensible miedo a la oscuridad.

Los mejores recuerdos que tengo son el cariño y el apoyo de sor Agustina y de sor Nieves. La segunda de ellas me dejó entrar en su taller para enseñarme a bordar y a coser, y sin tener que pagar absolutamente nada. Aprendí muchísimo y me sentía más útil. Entonces era muy importante para la mujer saber coser. Teníamos que ser mujeres de provecho, preparadas para casarse y llevar una casa. Estudié varios años allí, hasta llegar el momento de hacer mi primera comunión; por supuesto, con una preparación y con una devoción de primera. Fue un día especial, mágico. Misa cantada, todas en fila, vestidas de blanco. Mamá tuvo que ahorrar muchísimo para que mis hermanos y yo disfrutásemos de una comunión engalanados a lo grande. Creo que soy la única que no conservo una foto de primera comunión posando solita, que era la tradición. Siempre se lo reprochaba a mis padres. En la fotografía, estoy con mis monjas favoritas, con mi mamá, con su cara tan bella y radiante, y con mi hermano Javi.





El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.  
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

© del texto: Elena Vázquez Minguela, 2022  
© de los prólogos: Guillermo Antón y Alfonso Arteseros, 2022  
© de la revisión: Sergio Guillén Barrantes, 2022  
© de las fotos: autores respectivos (colección Helena Bianco)  
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2022  
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com

© Diseño de maqueta: Pilar Júlvez

Primera edición: mayo de 2022

Impresión:  
Arts Gràfiques Bobalà, S L  
Sant Salvador, 8  
25005 Lleida  
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-964-0

DL: L 300-2022

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.